

la caída de miles de edificios, relampagueó por mi cerebro. Helado de terror murmuró:

—La risa roja.

Fué el primero que me comprendió. Asintió rápidamente con la cabeza y repitió:

—Sí, la risa roja.

Sentóse a mi lado, y mirando nerviosamente a su alrededor, empezó a hablar en voz baja, senilmente, acariciándose la barba rala y grisácea.

—Usted ya se va de aquí. Oiga usted. ¿Ha visto alguna vez un piloto de locos en un manicomio? ¿No? Pues yo sí. Peleaban como si estuvieran cuerdos. ¿Entiende usted? ¿Como cuerdos! Y repitió significativamente la última frase varias veces.

“EL GLOBO”

Avenida
Madero
y Bolívar

ANTIGUA DULCERIA
Y PASTELERIA.

El Restaurant más
céntrico y más chic

SUPER
DANZANT

Preferido por
todas las Familias

¿Porqué hemos
crecido tanto?

El secreto está en
nuestro buen servicio

Visítenos solo una
vez para que
juzgue

—Bueno, ¿y qué?—pregunté, también en voz baja, lleno de terror.

—Nada. Como cuerdos.

—La risa roja,—dije.

—Los separaron echándoles agua.

Recordé la lluvia que tanto nos había asustado, y monté en cólera.

—Está usted loco, doctor.

—Ni más ni menos que usted.—Se acarició las rodillas angulosas, rió suavemente, y mirándome por encima del hombro, con el eco de esa risa inesperada aún en los labios tostados, me guiñó un ojo maliciosamente varias veces, como si los dos supiéramos algo muy gracioso que nadie más conociera.

Después, con la solemnidad de un profesor de magia, dando una exhibición, levantó el brazo, y bajándolo con lentitud, tocó cuidadosamente con los dedos la parte del cobertor debajo de la cual habrían estado mis piernas si no me las hubiera cortado.

—¿Y esto, lo entiende usted?— me preguntó misteriosamente.

Luego, con el mismo ademán solemne y significativo, señaló la hilera de camas en que yacían los heridos, y repitió:

—¿Y puede usted explicar esto?

—¿Los heridos?—pregunté.

—Los heridos,—repitió como un eco.— ¡Los heridos! Sin piernas, sin brazos, sin ojos. . . . ¿Lo entiende usted? ¡Muy bien! Entonces, esto lo ha de entender también.

Y con agilidad impropia de sus años, hizo una pirueta y se paró de manos en el suelo, balanceando los pies en el aire. Con las ropas descompuestas y el rostro amoratado por la forzada posición, mirándome fijamente desde abajo con una mirada extraña y burlona, tartamudeó difícilmente unas cuantas palabras:

—¿Y esto. . . también. . . lo entiende. . . usted? . . .

—¡Quieto! . . . —grité aterrorizado—estése usted quieto, o grito.

Volvió a recobrar la posición normal, se sentó de nuevo cerca de mi lecho, y respirando trabajosamente por el esfuerzo hecho, dijo instintivamente:

—¡Quién lo ha de entender!

—Ayer también hubo tiroteo.

—Ayer y antier, y el día antes,—dijo con la cabeza.

—¡Quiero volver a mi casa!—dijo asintiendo con la cabeza.

—¡Quiero volver a mi casa!—dije casi llorando.—Doctor, amigo mío, quiero volver a mi casa. Ya no puedo permanecer aquí. A veces no puedo ni creer que tengo casa!

El doctor parecía pensar en otra cosa, y no contestó. Yo empecé a llorar.

—¡Dios mío, no tengo piernas! Tanto que me gustaba mi bicicleta, caminar, correr, y ahora no tengo piernas. A mi hijito le encantaba montarse en mi pierna derecha, y se reía tanto! Y ahora. . . . ¡Malditos séais todos! ¿Ya para qué vuelvo a mi casa? ¿Y no tengo más que treinta años! ¡Malditos séais!

Y sollocé, y lloré pensando en mis piernas y en mis pies, hábiles y fuertes. ¿Quién me los arrancó, quién se atrevió a arrancármelos?

—Ayer,—empezó a decir el doctor sin verme,—ví un soldado loco, que venía hacia nosotros. Un soldado del enemigo. Estaba casi desnudo, golpeado y sangriento, muerto de hambre, con el pelo revuelto, como el nuestro; parecía un salvaje, un hombre primitivo o un hombre mono. Movía los brazos, hacía gestos, cantaba y gritaba, queriendo pelear. Le dimos de comer y lo soltamos de nuevo en la llanura. ¡Qué íbamos a hacer con él! De noche y de día, vagan en las colinas, hacia adelante y hacia atrás, en todas direcciones, sin rumbo fijo, sin

LUIS ROBLES GIL

INGENIERO CONTRATISTA

Mosaicos

Calentadores para baños

Tinas

Lavabos

Excusados

Herraje para puertas

9a. de Durango No. 159 • Eric. 9069 - Mex. 1696 Morelos